

## MUSAS DE CARNE Y HUESO

P O R

RAMON DE GARCIASOL

«¡La mejor musa es la de carne y hueso!»  
(RUBÉN: *El canto errante.*)

En una carta nobilísima y muy conocida—«Es con una pluma que me quito debajo del sombrero con la que escribo...»—, Rubén Darío—París, 5 septiembre 1907, *Epistolario I*, Volumen XIII de *Obras completas* del nicaragüense—le comunicaba a don Miguel de Unamuno que aún no había recibido su último libro. (Se refiere a *Poesías*) Y con grandeza y entendimiento advierte el autor de *Cantos de vida y esperanza*: «La independencia y la severidad de su modo le anuncian para la justicia. Sobrio y aislado en su felicidad familiar, debe comprender a los que no tienen tales ventajas.» En el párrafo último de la misiva precisa el mejor Rubén, el básico que no logró aflorar siempre: «Usted es un espíritu director. Su preocupación sobre los asuntos eternos y definitivos le obligan a la justicia y a la bondad.» Y le ruega, en lógica consecuencia—¿o le manda?—: «Sea, pues, justo y bueno.»

Unamuno había sido muy duro con Rubén—recuérdese la ironía cruel de que al príncipe del modernismo se le veía la pluma de indio bajo la chistera diplomática—. Más tarde rectificó honorablemente—a veces el ingenio se les come el juicio a los grandes—, como prueba su artículo a la muerte del extraordinario cantor. Es posible que sea verdad lo que dice en su trabajo—*Mis relaciones con Unamuno*—el excepcional mejicano Alfonso Reyes—1889-1959—sobre la imposibilidad de entendimiento entre Rubén y don Miguel, porque el primero «tenía todos los pecados del Hombre, que son veniales, y Unamuno tiene todos los pecados del Angel, que son mortales».

La observación alfonsina es más ingeniosa que exacta. Tanto que, como decía a otro propósito Maquiavelo—se refería a Savonarola—, si no nos paramos a pensar, nos convence, de buena que resulta la frase estéticamente. Mas cuidado con el ingenio, machaquemos, que muchas veces—no en este caso—oculta una falta de juicio, cuando menos una alteración de valores. No; los pecados de la inteligencia

no deben cargarse únicamente a la soberbia, sino al amor que se ve carente de manos y voz para advertir, porque los demás se han hecho pared, sordera y distancia: aislamiento, prisión, no soledad ensimismada. Tampoco es cierto que los pecados—ya la palabra *pecado* empieza por ser tremenda y debe tomarse con delicadeza—de la carne sean veniales, pues destruyen el alma del prójimo convirtiendo a la persona en cosa por ausencia de amor. No nos embarquemos en las frases, en su encanto musical: la carne es, cuando menos, la posibilidad de la persona, de traerle a tiempo histórico. Y si el cuerpo se degrada, padece el espíritu, no puede realizarse la posibilidad implantada originariamente. ¿No se nos ha dado la razón—como el cuerpo—para ejercerla con arreglo a sus normas, para posibilitar el cumplimiento, su cumplimiento, la criaturización de lo único?

Don Miguel, como el propio Darío, pensó que lo superior de Rubén no era lo más popular; cosa, por otra parte, normal: supera la mediocridad a la selección y tendemos a identificar lo mejor con lo que nos llega cómodamente o somos capaces de gozar. Pero estas apreciaciones de don Miguel—también él, hombre con tachas, aunque basta decir hombre para manifestar limitación—tiene grandeza y justicia: «Había algo que nos mantenía apartados aun estando juntos. Yo debía parecerle a él duro y hosco; él me parecía a mí sobrado comprensivo. Y no me entrego a los que se esfuerzan por comprenderlo y justificarlo todo. Prefiero los fanáticos y los sectarios, de cualquier campo que sean. Acabo por entenderme con un fanatismo opuesto al mío. La razón común del fanatismo, del apasionamiento, une aun a los contrarios. Y Darío no era apasionado. Era más bien sensual: sensual y sensitivo. No era la suya un alma de estepa caldeada, seca y ardiente. Era más bien húmeda y lánguida, como el Trópico en que naciera. Y muy infantil. Lo que digo en su elogio. Un alma de niño grande, con todas las seculares añoranzas indianas.» (*Obras completas*, VIII, 532.)

No creo que se puedan defender el fanatismo y el apasionamiento—sino en lo que tienen de disparo energético—, porque llevan a la ceguera. Y la falta de conocimiento hace al hombre animal de explosiones y embestimientos, le degrada en fiera y bestialidad. Frente a fanatismo, conocimiento, don Miguel, aunque usted decía, más allá de la piel engañadora: fanatismo=sinceridad. Usted supo, «donquijotesco don Miguel de Unamuno», en el trago amarguísimo de su final, cómo hay que callar y dejar de ser—¡mi yo, Dios mío; que me quitan mi yo!—ante una fuerza irresistible, no frente a un razonamiento libertador.

Era cierta la observación de sensualidad y de languidez en Rubén, así como su grandeza poética y su influencia y liderazgo en la lírica hispanoamericana posterior, si bien los discípulos—por tiempo y aparición—puedan influir sobre los maestros. Don Miguel, en el artículo «De la correspondencia de Rubén Darío», recogida en el lugar antedicho, reconoce en la página 532 sus deudas a éste, entre otras sus trabajos en *La Nación*, de Buenos Aires—gran proeza intelectual—, que tanto sirvió al rector de Salamanca: «Figuraos, lectores, si le debo. Y fue él, Darío, quien, cuando publiqué mi libro *Poesías* [1907], dijo de éstas lo casi único que de algo sustancioso, de comprensivo, sobre ellas se dijo, y lo dijo aquí, en estas columnas. Demostrando con ello la amplitud de su estética», frente a la intransigencia unamuniana a ratos, que no era cabezonería y sí creencia muy razonada. De todas maneras nos quedamos, no con el banderizo—y lo era por amor, insistimos—, con el que dice: «esta ofrenda mía al gran poeta es una obra de paz» (*O. c.*, p. 536). Y, a pesar de todo, Rubén fue «un alma infantil, noble, cándida y pura», en exactas palabras unamúnicas (p. 545).

Mas el artículo escrito abriéndose una vena fue el que publicó Unamuno en la revista *Summa*, de Madrid, el 15 de marzo de 1916. (*Obras completas*, VIII, pp. 518-523. Citamos por la benemérita edición de García Blanco.) Es un poema en prosa más que un artículo, de brevedad superior a lo normal entonces en Unamuno, prosa que debería copiar íntegramente, y cuya lectura recomiendo. Rubén, nos dice don Miguel, era «bueno, entrañablemente bueno. Débil, entrañablemente débil. No podía consigo mismo. Y paseó por ambos mundos su pavor ante el misterio y su insaciable sed de reposo para ir a morir junto a su cuna, él, el hombre de todos los países, cuya patria no era de este mundo».

En otro momento del emocionante artículo, valiente *mea culpa*, escribe el padre de *Paz en la guerra*:

«Sea, pues, justo y bueno.» Esto me decía Rubén cuando yo me embozaba arrogantemente en la capa de desdén de mi silencio. Y esas palabras me llegan desde su tumba reciente, ahora que veo llegar la otra soledad, la de la cosecha.

¡No, no fui justo ni bueno con Rubén; no lo fui! No lo he sido acaso con otros. Y él, Rubén, era justo y era bueno.

Era justo; capaz, muy capaz de comprender y de gustar las obras que más se apartaban del sentido y el tono de las suyas; capaz, muy capaz de apreciar los esfuerzos en pro de la cultura que iban por caminos, los—al parecer—más opuestos a los suyos. Tenía una amplia universalidad, una profunda liberalidad de criterio. Era benévolo por grandeza de alma, como lo fue antaño Cervantes. [Medítense—rogamos—estas palabras solemnes para los que hablan por

hablar y creen que Unamuno odió a Cervantes.] ¿Sabía que él se afirmaba más afirmando a los otros? No; ni esta astucia de fino egoísmo había en su benevolencia. Era justo, esto es, comprensivo y tolerante, porque era bueno.

Y acaba don Miguel —tuvo que llorar al escribir tan hermosísimo artículo—:

Sí, buen Rubén, óptimo poeta y mejor hombre: este tu hermético y huraño amigo, que debe ser justo y debe ser bueno contigo y con los demás, te debía palabras no de benevolencia; de admiración y de fervorosa alabanza, por tus esfuerzos de cultura. Y si Dios me da salud, tiempo y ánimo, he de decir de tu obra lo que —más vale no pensar por qué— no dije cuando podías oírlo. ¿Lo oirás ahora? Quiero creer que sí.

Hay que ser justo y bueno, Rubén.

En la preciosa carta rubeniana de París y septiembre —con *p*, don Miguel, como usted advertía—, a más de humanidad, bondad y justicia, hay un juicio —Rubén aún no había leído *Poesías*— probatorio de que Unamuno beneficiaba ya mucha fama poética entre los inteligentes dedicados a las letras:

Y luego —recalcaba—, yo soy uno de los pocos que han visto en usted al poeta. Que le ofrezcan a usted del sabio y del profesor, no me extraña. Su función universitaria le hace acreedor a ello, y nunca es de desdeñar una mayor cantidad de ciencia. Mas ¿quién ha de ver en un hombre tal el don de la poesía sino los poetas?

La fuerza de Unamuno residía, como vio admirablemente Darío —sin contar con otros azares: naturaleza, talento —en su sobriedad y felicidad familiares. Y, con mucho dolor, le rogaba: «debe comprender a los que no tienen tales ventajas». Rubén era un descabalado, un hombre que no tuvo sosiego familiar, como prueba su infancia y nacimiento. (Apunto un hecho para explicármele, no formulo una condena, pues resulta muy difícil juzgar cuando se ha vivido algo conscientemente.)

Como no entiendo los textos desvinculados de personas, lugares y tiempos, no situados históricamente, voy a traer unos testimonios, patéticos en unos casos, envidiables en otros, esclarecedores en las distintas aportaciones.

Unamuno y Maragall —coetáneos de Rubén— fueron monógamos, castos, sobrios y regulares —«tengo la constancia rítmica», escribía el gran catalán— en costumbres y trabajos. Rubén —no hablo de vicio, aludo a desgracia— era desparramado, amargo en las raíces, un tanto desolado, por lo que se quemó antes de tiempo. Veamos, en algún